

CAPÍTULO 1

I

Si quieres viajar a otro planeta, sin abandonar la Tierra, ve a la Antártida, le dijo su jefe. Es el lugar más extraño que conocerás en tu vida. Alba no le creyó; Garijo jamás había estado allí y todo lo que sabía del continente blanco lo había visto en los documentales de National Geographic, pero de todos modos, ella aceptó el trabajo. Era una oportunidad única para ascender puestos en el escalafón, y a ninguno de sus compañeros le apetecía pasarse seis meses apartado de la civilización, en un desierto de hielo. Le gustaban los desafíos y aquella misión lo era por partida doble. Pero también estaba intrigada en comprobar si la Antártida era como su jefe la había descrito, un mundo fuera del mundo, un lugar que te hacía sentirte extraño en tu propio planeta.

Lo era. Durante las primeras semanas que pasó en base Hispania, no vio ponerse el sol una sola vez. Éste oscilaba en el horizonte durante el ocaso, dubitativo, y luego volvía a remontar el vuelo. ¿Dónde estaban las estrellas? No echas de menos las cosas que das por supuestas hasta que te las quitan. Y en el Polo Sur, ni las estrellas ni los amaneceres estaban garantizados todos los días del año.

Con el devenir del verano austral, el Sol había comenzado a ocultarse tímidamente unos minutos al día. Alba disfrutó de su primera puesta de Sol como una niña inocente, y contempló las estrellas con fascinación renovada. Los ocasos se iban alargando más y más, y dentro de unos meses, la oscuridad cubriría por completo aquellas latitudes. Por

fortuna, ella no estaría allí para verlo: le quedaban tres meses para que llegase el relevo y ya estaba ansiosa por volver a Madrid, a su acogedor mundo familiar. Jamás pensó que fuese a añorar el cemento de las calles o el humo de los coches, pero así era; como también echaba de menos el trinar de los pájaros o el sonido de las ramas de un árbol sacudido por el viento. Nada de eso existía en la Antártida. Aquel desierto infinito era el lugar más inhóspito de la Tierra; ni siquiera las ratas podían sobrevivir allí, si no era al refugio de algún asentamiento abandonado de la costa. En los últimos años, esos estercoleros se habían multiplicado por docenas.

El interior del continente, sin embargo, todavía conservaba el sabor de *terra incógnita* de antaño, la magia de los lugares todavía no mancillados por el hombre. Pese a que las compañías petrolíferas seguían abriendo cada año nuevas bases en el continente blanco, la superficie a explorar era mayor que Europa y los asentamientos solían estar separados entre sí centenares de kilómetros, salvo en las costas, o si concurrían razones especiales que hubiesen captado el interés de más de una compañía.

Tras la última gran crisis del petróleo, los Estados habían dado por finiquitado el tratado Antártico, para que las petroleras pudieran seguir suministrando carburante a los consumidores. Era una solución a corto plazo; la era de los combustibles fósiles se acercaba a su fin, y Alba sentía que sería para bien. Acarrearía algunos cambios traumáticos en la vida de las personas, acostumbradas a coger el coche para ir a comprar tabaco a la esquina; pero los seres humanos son animales de costumbres, se amoldarían a las nuevas rutinas; la vida se haría más lenta, pero a cambio el aire sería más limpio y saludable. Con el tiempo, todos ganarían.

Sin embargo, ese día utópico aún quedaba unos cuantos lustros en el futuro. De momento, la indolencia de los gobiernos, cegados por el pensamiento a corto plazo, daba carta blanca a las multinacionales para que hiciesen lo que les viniese en gana con los recursos de la Antártida. Bajo una capa de hielo de tres kilómetros de espesor se encontraban las mayores reservas de gas y crudo que quedaban en la Tierra.

Era complicado y caro acceder a ellas, pero era todo lo que había. Después de eso, el colapso de la civilización occidental.

O el renacimiento.

Alba divisó las estacas de señalización clavadas en el hielo y detuvo la motonieve. A partir de ahí, tendría que realizar el trayecto a pie. Se colocó una mochila a la espalda y comenzó a caminar, atenta a nuevas señales de resquebrajamiento que hubieran surgido desde su última visita. Bajo aquella zona había un lago subterráneo cuyas dimensiones todavía estaban sondeando. En el fondo existía una fuente de calor geotermal activa, que había acelerado en los últimos meses el derretimiento del lago, descubriendo una extraordinaria red subterránea de laberintos de agua dulce, que comunicaba el lago principal con pequeñas bolsas conectadas mediante una intrincada maraña de capilares, que se extendían o menguaban dependiendo del grado de actividad del foco de calor, o de la época del año. Con el verano austral ya en declive, la red de capilares comenzaba a retraerse y el hielo superficial se hacía menos traicionero, pero Alba sabía que no podía confiarse. Las fluctuaciones de las fuentes geotermales eran impredecibles, bombeaban chorros de agua caliente desde las profundidades que podían resquebrajar enormes masas de hielo. La actividad en las últimas semanas parecía en calma, y no había detectado nuevas grietas en la superficie. Mientras caminaba, observaba a ambos lados de la senda delimitada por las estacas, en busca de alguna señal de alarma, pero todo estaba como recordaba.

Tres kilómetros más adelante, llegó a la zona que había elegido para sus trabajos de exploración del subsuelo. Con ayuda de un equipo de perforación, que a regañadientes Tyler se había visto obligado a ceder, se había practicado un pozo en el hielo que comunicaba con el lago subterráneo. La idea era introducir una sonda robot que pudiese echar un vistazo allí abajo. La compañía no poseía ningún interés en la investigación científica, pero, dado que la base era propiedad del gobierno español, Tyler tenía que transigir con las autoridades si quería conservar la concesión de la explotación minera. La presencia de Alba en la base era tolerada por el inglés como un mal menor, pero éste ponía trabas a cada

propuesta que ella hacía y siempre trataba de postergar sus investigaciones con cualquier excusa, racaneándole el equipo y dejando que ella transportase sola las máquinas e hiciese el trabajo sin ayuda. Y no es que el resto de sus compañeros estuviesen tan ocupados para no poder echarle una mano, pero Tyler era quien mandaba allí, y temía que si Alba avanzaba en su investigación, la compañía se vería obligada a detraer recursos de las perforaciones, destinándolos al lago, y eso no produciría ningún dinero. Alba llegó a sospechar que Tyler deseaba secretamente que diese un paso en falso en el hielo para que una grieta se la tragase. Le daría una buena excusa para prohibir el acceso al lago y así convencería al gobierno para que dejase de presionarle.

Había bastantes puntos oscuros que rodeaban a la misión que les precedió en base Hispania. Tyler estuvo allí entonces y también formaba parte del equipo ahora, en ambos casos como jefe de la base. La compañía debía de tener una fe ciega en aquel tipo para confiarle el mando, o bien no habían encontrado a alguien mejor para pasarse un año entero de su vida en un lugar donde ni las cucarachas podían sobrevivir. Bueno, una sí podía, y hasta parecía que le gustaba aquel lugar. Pero no se mostraba muy habladora. Solía pasar la mayor parte del día en su despacho, con el pestillo de la puerta cerrado, para que nadie viese lo que hacía allí. Seguramente Tyler se pasaba las horas conectado a Internet, viendo películas porno, y eso podía hacerlo tanto en Madrid como allí, con la diferencia de que en la Antártida le pagaban tres veces más. Ocasionalmente salía de su guarida para gruñir órdenes, visitar la cocina e ir al baño. Solía ser bastante regular en sus horarios, así que los demás trataban de esquivarlo siempre que podían, pero por desgracia, algún incauto no tenía la rapidez de reflejos necesaria y caía en sus garras. Tyler despachaba a gusto su frustración con lo que tenía más a mano, y los débiles eran sus víctimas predilectas. Por débiles, Tyler etiquetaba a todos aquellos a quienes podía avasallar sin verse expuesto a una contestación en forma de escupitajo. Eso descartaba automáticamente al *coronel* Reinosa y a Olga, pero dejaba al resto en una posición de riesgo que era mejor evitar si se tenía ocasión. Tanto Olga

como Reinosa eran ex militares que habían dejado el ejército para servir como personal de seguridad en empresas privadas. Tras pasar un buen número de años en los cuarteles, no toleraban que un civil les gritase lo que tenían que hacer, y Tyler, por decirlo de un modo suave, carecía de habilidad para pedir las cosas.

Reinosa tenía además motivos para no temer las represalias de Tyler: la compañía estaba muy preocupada con la seguridad de sus bases antárticas y escaseaba el personal cualificado que quisiese permanecer seis meses seguidos en el Polo Sur, aislado de la civilización. En el último año se habían registrado varios ataques en asentamientos de Bahía Marguerite, cabo Hallett y costa del mar de Ross. La creciente actividad minera en el continente blanco había despertado la atención de grupos de delincuencia organizada de Chile y Argentina, que se dedicaban a hostigar las colonias mineras, recurriendo al saqueo o el secuestro para obtener un rescate. Tras el fallecimiento de dos geólogos el año pasado durante un asalto armado, las medidas de protección se reforzaron. Algunas empresas pagaban un tanto al mes a las bandas para que les dejaran en paz, pero ello no implicaba que descuidasen las medidas de seguridad.

En la base corría el rumor de que uno de sus compañeros había sido contratado para evitar represalias. Matías era español, como ellos, aunque emigró a Argentina en su juventud. Le habían preguntado varias veces por qué se fue de España, pero Matías era muy reservado con su vida y, presumiblemente, no decía la verdad sobre ella. Sus frecuentes escapadas en helicóptero, que duraban varios días y que Tyler consentía sin pestañear, se contemplaban con una mezcla de envidia y rencor por el resto de sus compañeros, que veían a Matías evitando el trabajo mientras su jefe trataba con mano dura a los que se quedaban en Hispania. Para congraciarse y evitar las miradas asesinas de sus compañeros, Matías solía volver con botellas de licor y algunas exquisiteces. Tyler exigía examinar previamente el botín, y separaba para sí el género más apetecible, que guardaba luego en su habitación. El resto, una parte más bien magra, era para los demás. Se entendía que aquellos regalos eran un soborno en especie a

Tyler, para que hiciese la vista gorda y le permitiese libertad de movimientos; aunque, para ser justos, Tyler no tenía toda la culpa. Matías había sido contratado por la compañía, no por el inglés, que tenía capacidad de despedir, pero no de contratar personal.

Alba se acercó a la boca del pozo practicado en el hielo. Había desayunado poco aquella mañana, y el recuerdo de las bandejas de salmón y atún ahumados, que Tyler había confiscado de la última cesta de provisiones de Matías, no ayudó a aplacar las tripas de su estómago. Reinosa había intentado abrir con una ganzúa la puerta de Tyler, pero éste había reforzado la seguridad de su sanctasanctorum, escarmentado por el último equipo con que trabajó en la base. Además, solía estar allí dentro casi siempre, donde tenía una cama plegable en la que dormía. Pillarlo con la guardia baja solo era posible en las ocasiones que se veía obligado a abandonar su madriguera para supervisar reparaciones o trabajos de perforación fuera de la base.

La mujer dejó la mochila en el suelo y sacó una de las sondas, de treinta centímetros de longitud y forma de dirigible. Un sistema de hélices en la parte trasera le permitía una gran navegabilidad, con una autonomía máxima de tres días. La verdad, había sondas mejores y la capacidad de ésta de tomar muestras era limitada. Se tendría que contentar con obtener imágenes, y no esperaba que fuesen especialmente buenas. Si lo que había ahí abajo merecía la pena, el CSIC enviaría equipo de investigación más sofisticado en la próxima expedición de reemplazo, que debería llegar dentro de tres meses. Ya no sería problema suyo, pero le habría gustado ser ella quien recogiese y analizase esas muestras. Ningún ser humano había echado jamás un vistazo a aquel lago. No es que creyese que fuese a rescatar un platillo volante de las aguas, pero la Antártida había pertenecido en el pasado remoto a un supercontinente y las formas de vida exóticas correataron a sus anchas por los bosques de Pangea. La Antártida albergaba el mayor registro fósil que aún permanecía virgen en el mundo. Restos de formas de vida de millones de años de antigüedad aguardaban ahí abajo a ser rescatadas y estudiadas. Biólogos, paleontólogos, incluso astrofísicos, habían

presionado al gobierno español para que impusiese a las compañías la obligación de incluir personal científico en su plantilla, y dedicar al menos el veinte por ciento de sus recursos a la investigación. Los pingüinos manchados de chapapote que aparecían regularmente en los telediarios daban mala publicidad a las actividades de las petroleras, que transigían por cuestión de imagen corporativa. Gracias a eso, Alba estaba allí.

Aunque la misión que su jefe le había encomendado era, en realidad, muy distinta.

Abrió el ordenador portátil que dirigía la sonda por control remoto. El aparato hizo un primer intento para arrancar, pero el sistema operativo se bloqueó a causa del frío y tuvo que reiniciarlo tres veces, hasta que finalmente pudo abrir la aplicación que le permitía impartir instrucciones a la sonda. Luego, colocó ésta en el centro del pozo abierto en el hielo, la hizo girar describiendo un círculo, para comprobar que las hélices funcionaban, y la sumergió en el agua.

La sonda comenzó a transmitir imágenes. No había mucho que ver: el interior del lago parecía vacío a aquella profundidad. No esperaba encontrar peces allí abajo, pero sí al menos algún tipo de alga o pequeño molusco. De momento, nada se veía, ni siquiera un diminuto resto de plancton vagando a la deriva. Si había algo vivo allí abajo, debía de hallarse cerca de la fuente de calor hidrotermal, en el lecho de roca, y eso estaba a tres mil metros de profundidad. No apostaría a que aquella sonda soportase tanta presión, a pesar de que Tyler le había garantizado lo contrario: probablemente aquel cacharro se desintegraría mucho antes de llegar al fondo.

Desde Madrid, Garijo había sido hasta ahora comprensivo con ella; pero después de tres meses sin avances se estaba impacientando, y dejaba entrever sus dudas sobre la idoneidad de Alba para obtener resultados.

Alba empezaba a temer que sus superiores se hubiesen equivocado al confiarle aquella misión.

II

La comida ya estaba servida en la mesa cuando regresó a la base: sardinas en conserva y macarrones con tomate y atún. El pegajoso aspecto de aquella pasta provocó que Alba contase mentalmente cuántos días le quedaban para volver a casa.

—¿Otra vez macarrones? —se quejó Olga—. Estoy hasta las narices de comer pasta.

—Son asquerosos —dijo Reinoso—, pero los prefiero al estofado de pingüino.

—Hago lo que puedo con lo que me dan —dijo Irene, la médica de la base, que hacía las veces de cocinera—. Si queréis conseguir comida decente, esperad a que Tyler salga de su madriguera: le cubrís la cabeza con un saco, lo moléis a palos y le vaciáis su despensa.

—Hay una forma menos traumática —sugirió Olga—. Tú eres la médica: échale algún potingue en la bebida para que se quede dormido.

—Pero eso nos privaría del placer de sacudirlo entre todos —sonrió Irene—. ¿Tú que opinas, Juan?

El aludido se limitó a devolverle la sonrisa, pero no contestó. A Juan no le gustaba ese tipo de bromas, sabiendo que Tyler no estaba muy lejos y podía asomar en cualquier momento. Alba trató de recordar si Juan había criticado a Tyler alguna vez desde que llegó allí. Nunca pronunciaba una mala palabra acerca de nadie.

—¿Qué tal ha ido la jornada? —Irene se volvió hacia Alba, viendo que Juan eludía contestar.

—Conseguí hacer funcionar la sonda —respondió Alba—. Mañana la recuperaré para ver si ha grabado algo interesante.

—Haz una copia de los datos antes de que Tyler te la confisque. Si ese chisme encuentra algo, le darás un disgusto a ese cabrón. No me extrañaría que borrara la información para que nunca llegue a Madrid.

—No creo que le interese lo más mínimo mi trabajo. No me ha hecho una sola pregunta sobre lo que estoy haciendo en el lago.

—Después de tres meses aquí ya deberías conocerlo
—Irene sacudió la cabeza.

—Es un toca narices —convino Olga—. Me pregunto por qué sigue aquí, después de lo que ocurrió.

—Pues sería mejor que no te lo preguntases —dijo Reinosa con semblante grave.

—¿Por qué?

—Porque no es asunto nuestro. Nos pagan para hacer un trabajo, no para preguntar. Tyler no es el mejor patrón que he tenido, pero es lo que hay. Si la compañía sigue confiando en él, sus razones tendrá.

—No estoy de acuerdo —dijo Olga—. Trabajamos aquí, y tenemos derecho a saber lo que sucedió.

—Él ya nos explicó lo que pasó.

—Nos explicó *su* versión.

—No hay otra versión. Al menos, que yo sepa. Si Tyler fuese el responsable, no lo habrían enviado de vuelta aquí.

—A menos que quieran librarse de él —insinuó malévolamente Irene.

La médica había trabajado con Tyler hace un par de años, en una explotación petrolífera del Orinoco. De aquella relación no había surgido nada bueno, e Irene no desaprovechaba la ocasión para ensañarse con él.

—Reflexiona sobre lo que acabas de decir —dijo Reinosa—. Podrías aplicártelo a ti misma.

—Cuando acaben mis seis meses, volveré a España, pero él probablemente continuará aquí, hasta que las pelotas o el cerebro se le congelen.

—Puesto que carece de ambas cosas, la espera no será muy larga —rió Olga.

—Yo que vosotras no hablaría así de él —les advirtió Reinosa.

—¿Y qué va a hacerme? ¿Me encerrará en un cuarto oscuro? —Irene pinchó con el tenedor un puñado de macarrones, y los masticó con fingida satisfacción—. ¿Me echará a los lobos? En la Antártida no hay lobos.

—Sí los hay —rectificó Reinosa—. Olga y yo no estaríamos aquí si no los hubiera.

—Matías también forma parte del equipo de seguridad —recordó Alba.

—Es otro lobo —dijo Olga—. Que protege su territorio del ataque de la manada.

—Y que ha hecho muy buenas migas con Tyler, no lo olvidemos —apostilló Irene.

—Creo que sois un poco injustos con Matías —dijo Alba—. Siempre nos trae algo cuando vuelve de sus viajes.

—¿Y a dónde demonios va? —inquirió Olga.

—A Xanadú —dijo Juan.

Los demás se giraron hacia su silencioso compañero, que probaba con cautela una brillante sardina en conserva.

—¿Qué sabes tú de ese lugar? —inquirió Reinosa.

—No mucho. Solo lo que me ha contado Matías.

—¿Y por qué no nos lo has dicho antes?

—No lo consideré importante —se excusó Juan.

—Todo lo que concierne a Matías es importante —sentenció Reinosa.

—¿Por qué?

—Afecta a nuestra seguridad.

—Suponiendo que Matías sea la clase de persona que creéis —argumentó Juan—. Podría no serlo. Es más, probablemente no lo sea. Pero vosotros ya lo habéis juzgado y condenado porque emigró a Argentina y hace viajes fuera de la base. Viajes que os niega Tyler.

—Y a ti también.

—De todos modos, aunque nos permitiese salir, ¿adónde íbamos a ir?

—A Xanadú, por ejemplo.

—¿Y qué hay allí?

—Matías ya debe habértelo contado.

—No es cierto. Y aunque así fuera... —Juan sacudió la cabeza—, la verdad, no sé por qué sigo manteniendo esta conversación.

—La vida en la Antártida sería muy aburrida si no hubiese alguna bronca de vez en cuando —dijo Irene.

—¿Y os divierte despellejar a un compañero que no está aquí y no puede defenderse?

—Divertido, quizá no; entretenido, desde luego —bromeó Irene.

—Juan, eres demasiado bueno para este lugar —intervino Alba, intentando ayudarle—. Alguien como tú debería haber encontrado un empleo mejor en otra parte.

—Eh, nena, cuidado con esa boquita —dijo Olga—. ¿Nos estás diciendo que no tenemos dónde caernos muertos?

—No, lo que quería decir... bueno, Juan es doctor en geología y tiene un máster en...

Pero ya era tarde. Olga estaba especializada en interpretar retorcidamente las palabras de los demás y darles la vuelta:

—¿Y de qué le han servido todos esos títulos, eh? Para cavar pozos en el hielo no hace falta ir a la universidad. Tal vez no sea tan bueno.

Alba iba a replicar, pero Juan la detuvo con un gesto. El hombre no deseaba alimentar las ganas de trifulca de sus compañeros y estaba incómodo con aquella situación. Rehusó el postre, una gelatina de frutas tan pegajosa que podría pegarse un jarrón con ella, y salió al exterior. Alba recorrió con la mirada a sus compañeros antes de abandonar también el comedor.

Fuera de la base reinaban unos agradables ocho grados bajo cero. Habían llegado a trabajar con temperaturas de cuarenta bajo cero, así que se podía decir que aquello era lo más parecido a un caluroso día de verano.

Juan caminó hacia el garaje, donde se guardaban las motonieves y los vehículos oruga que acarreaban el equipo de perforación. Una de sus tareas en la base era reparar los vehículos, ya que los demás siempre encontraban excusas para no hacerlo. Juan también las habría hallado de haberlas buscado, pero lamentablemente, no sabía decir no.

Ella tendría que enseñarle.

—No has acabado tus macarrones —dijo él, al verla pasar.

—Se me ha quitado el apetito.

—Te agradezco tu interés, pero estoy bien —abrió la caja de herramientas y se puso a buscar un destornillador de estrella—. La convivencia prolongada en un entorno cerrado

hace decir a la gente cosas que en circunstancias normales no diría.

—No los justifiques, Juan.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga?

—Para empezar, consigue que Olga arregle el oruga. No ha tocado una herramienta desde que llegó.

—No me importa hacerlo a mí. Me gusta la mecánica. Mira, Alba, nos quedan tres meses y si no he discutido desde que estoy aquí, no voy a hacerlo ahora. Cada uno es como es, y ni tú ni yo somos sus padres.

—Pero necesitan unos buenos azotes. Empezando por Tyler.

—Por Dios, ¿qué os ha hecho ese hombre?

—¿Consideras de buena educación que no coma con nosotros?

—Veo muy poca educación en este lugar, así que tampoco me sorprende. Igual tiene miedo de vosotros.

—No lo demuestra cuando nos vocifera las órdenes.

—Quiero decir, miedo como grupo. Supongo que aislarse le ayuda a mantener su principio de autoridad a salvo. Haciéndose más accesible, Olga e Irene acabarían con él.

—Olga e Irene —murmuró Alba, frunciendo el ceño—. Así que los hombres estáis hechos de otra madera.

Juan se puso a reír, mientras desatornillaba un panel lateral del oruga. El vehículo había dado problemas aquella mañana tras volver de una misión de reconocimiento para la excavación de un nuevo pozo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —quiso saber Alba.

—Creo que el frío intenso os está afectando el cerebro. Mira, las neuronas se comportan como microtransistores —señaló el panel— por los que circula una corriente eléctrica. Si en el interior de este trasto empieza a hacer demasiado calor, los cables se queman, pero si es al contrario, los circuitos también se estropean. Somos máquinas orgánicas, y nuestro rango óptimo de temperaturas es más estrecho que el de este vehículo.

—¿Piensas que las personas somos cosas?

—No, pero tenemos necesidades físicas, como las máquinas. Tú eres la bióloga, lo sabes mejor que yo —sacó un circuito integrado y lo observó a través de una lupa—. ¿Encontraste algo interesante en el lago?

—Hasta dentro de dos días no lo sabré.

—Es verdad, perdona. Olvidé que lo dijiste —Juan trasladó el circuito a la mesa de trabajo y eligió un lápiz de soldadura—. ¿Qué se supone que puedes encontrar ahí abajo? ¿Los restos de algún tiranosaurio rex?

—Quizá, pero tendría que estar en el lecho rocoso, a tres mil metros de profundidad. Tengo mis dudas de que la sonda pueda bajar tanto.

—¿Por qué? El equipo de la compañía es bueno.

Saltó un chispazo de la soldadura, que le hizo retirarse de un brinco. Esta vez fue Alba quien rió con ganas.

—Primeras calidades, sí —ironizó la mujer—. Creo que a Tyler le haría feliz que la sonda no volviese a la superficie. Si se descubriese algo que mereciera la pena, como en el lago Vostok, este lugar se llenaría de científicos, el gobierno intervendría y las catas de perforación se detendrían. La compañía no está aquí para hacer ciencia, sino para ganar dinero.

—Lo sé. Acepté este trabajo porque no tenía otro remedio. Puede que mi expediente profesional sea brillante, pero no encontraba empleo en otro sitio. Si no hubiese sido por Sandoval, aún seguiría en el paro.

Alba abrió la boca, sorprendida. Así que Juan había conocido a Sandoval.

—¿También era amigo tuyo? —le preguntó él, al ver su reacción.

—No... no lo conocí —dijo Alba—. Solo he oído hablar de él.

—Claro, como todos. Pero escucha una cosa, Alba: a pesar de las habladurías que hayas oído sobre él, era un tipo honrado. Habría sido incapaz de realizar nada malo.

—Bueno, ninguno de los dos estábamos aquí hace seis meses, así que tampoco podemos estar seguros.

Juan terminó la soldadura y volvió a colocar el circuito en el panel del vehículo.

—Yo lo estoy —afirmó, rotundo—. Era mi amigo. Lo conocía bien.

—Las personas cambian.

—No hasta ese extremo. Y además... —Juan se interrumpió—. Mañana te acompañaré al lago. Las labores de sondeo están creando nuevas grietas y sería peligroso que volviesses allí sola.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada. Tyler ha ordenado que activemos dos nuevos geófonos mañana mismo. Ya sabes cómo funcionan esos chismes: captan la vibración producida por cargas explosivas, para descubrir el volumen de bolsas de gas natural y...

—No cambies de tema. Ibas a decir algo acerca de Sandoval.

—Olvídalo, no tiene importancia —Juan se dirigió a la salida.

Pero Alba no iba a dejarle escapar tan fácilmente y se situó entre él y la puerta:

—¿Adónde vas?

—Ya he terminado las reparaciones.

—Tyler se quejaba de que el oruga tenía un fallo de la transmisión. ¿Ya lo has arreglado?

—Lo dejaré para otro momento.

—Juan, llevamos tres meses aquí, y nunca me habías contado nada acerca de Sandoval. Si sabes algo que ayude a esclarecer lo que ocurrió, deberías contármelo.

—¿Por qué?

—Porque soy tu amiga.

Juan cogió un trapo y simuló limpiarse unas inexistentes manchas de grasa de las palmas de las manos, intentando adivinar qué interés podía tener Alba en Sandoval. Algunos temían que hubiese sido secuestrado y posteriormente asesinado por una de las bandas organizadas que operaban en el continente, y la compañía no quería divulgarlo para no asustar a los trabajadores. Normalmente, los salteadores operaban en las costas, donde la densidad de población era mayor y la vía de huida era también más sencilla, pero el aumento de la vigilancia había incrementado la presión sobre

los delincuentes, que trasladaban su radio de acción a bases aisladas, en el corazón del continente blanco.

—No sé lo que sucedió. Sandoval desapareció al parecer por un accidente. Esa es la versión oficial, y yo no soy quién para discutir el informe que Tyler hizo sobre los hechos.

—Ese *al parecer* suena muy mal.

Pero Juan se resistía a seguir hablando, consciente de que se había internado en un terreno pantanoso. ¿De qué tenía miedo?, se preguntó ella. Del único que podría tenerlo sería de Matías, y ni siquiera se encontraba ahora en base Hispania. Además, Juan era el único que lo defendía de los ataques de sus compañeros. No daba la impresión de que albergase ningún temor de Matías, y sí de Olga e Irene, con quienes mantenía las distancias todo lo que las circunstancias se lo permitían.

—Míralo de este modo —suspiró él—: llevamos en base Hispania tres meses y no ha sucedido nada. El exceso de tiempo libre desata la imaginación; comprendo que la gente se aburra aquí, no hay lugares para divertirse cuando acabas tu jornada y elucubrar entretiene, pero los hechos están ahí. Cuando te quieras dar cuenta, nuestro contrato habrá finalizado, estaremos de regreso a casa y habrás olvidado todo esto.

Alba decidió explorar un camino indirecto para sonsacarle la información:

—¿Cómo es que Sandoval te recomendó para este empleo?

—Yo llevaba un año buscando trabajo y estaba en apuros. Casualmente me encontré con él en un bar. Me contó que estaban buscando personal para realizar sondeos de gas natural; pagaban bien y, bueno, yo no tenía dónde escoger.

—¿Lo conociste en la universidad?

—No, ya éramos amigos antes —Juan esperó unos segundos a la siguiente pregunta, pero ésta no llegó—. ¿Puedo irme ya?

Alba se retiró de la puerta.

—Perdona, estoy un poco nerviosa, es todo.

—No tiene importancia —sonrió él, saliendo del garaje.

La mujer se quedó mirando fijamente la puerta que acababa de cerrarse, pensativa. Juan no sabía fingir, y ocultaba valiosa información que haría progresar espectacularmente su investigación. En los últimos tres meses no había realizado ningún avance, y cualquier pista, por pequeña que fuera, que arrojase algo de luz a aquel asunto, era bienvenida.

Tenía que ser paciente y no acorralar a Juan. En cuanto éste se sintiese cómodo y confiase un poco más en ella, hablaría.

Y Alba descubriría por fin qué le había ocurrido a su compañero Sandoval.

III

Escondido en el almacén contiguo al garaje, Tyler había escuchado la conversación con gran interés. Pese a las explicaciones que él había proporcionado acerca de lo sucedido con Sandoval, seguían sin creerle. Ni siquiera Juan, el más dócil del grupo, se esforzaba en disimular sus recelos ante una inquisitiva Alba, cuya curiosidad empezaba a resultar inquietante.

Era comprensible que estuviesen preocupados. La Antártida se había convertido en un lugar peligroso; los gobiernos se habían retirado más o menos discretamente para dejar el terreno libre a las petroleras, aunque mantenían a distancia cierto tipo de tutela, en forma de sangrantes impuestos sobre sus cifras de negocio y una serie de normativas de dudosa legalidad, en un territorio que el derecho internacional no reconocía a nadie. A cambio de cumplir las numerosas regulaciones y de pagar sus tributos, ¿qué obtenían las empresas? Nada. En la Antártida no existía un cuerpo de policía, y menos aún fuerzas armadas encargadas de velar por la seguridad de los trabajadores. Si las compañías querían tranquilidad, tenían que sufragarla de sus bolsillos. En un continente casi desierto, las bases eran presa fácil de las bandas criminales, y los asaltos se habían multiplicado

coincidiendo con el auge económico de la zona. Cada mes se inauguraban nuevos asentamientos, la mayoría en la costa, donde el deshielo antártico era más acusado y se podía extraer el crudo sin dificultad; pero la creciente demanda de combustible, presionada por los mercados en expansión de China e India, obligaba a las corporaciones a adentrarse en el inhóspito continente blanco, donde estaban más expuestas a los actos de pillaje. La Antártida era básicamente un averno de hielo, un lugar incompatible con la vida que aún oponía obstinada resistencia al empuje colonizador del hombre.

De momento, los costes de los sondeos en el corazón del continente austral no compensaban las ganancias, pero se trataba de un proyecto estratégico de futuro: el Polo Norte se estaba fundiendo y las compañías se frotaban las manos con ansia, a la espera de que ocurriese lo mismo en el sur. Para cuando ese día llegase, las ciudades costeras de ambos hemisferios se habrían anegado y habría migraciones masivas de población, guerras por el territorio, hambrunas y calamidades varias; pero ése era el precio por mantener el estilo de vida occidental unas décadas más. Estilo que, pese a las críticas que recibía, la gente se negaba a abandonar, e incluso había sido adoptado por los comunistas chinos, que mantenían el mayor parque automovilístico del globo.

Había mucho fariseísmo en el mundo, pensó. La gente era ecologista de boquilla, pero a la hora de la verdad no renunciaba al coche, y luego culpaba a las petroleras de todos los males, cuando lo único que hacían era responder a una demanda. Es como quejarse de la telebasura; si está ahí, es porque le gusta a la mayoría del público, pero pocos lo admiten, porque nos avergüenza admitir que somos parte de una sociedad que crea y consume residuos.

Es irónico que la sociedad occidental dependa de un líquido negro creado por la lenta maceración de cadáveres.

En el pasado, Tyler había creído que aquella situación podía invertirse, que el mundo acabaría entrando en razón, que los gobiernos se unirían para detener lo que parecía inevitable. No existían escenarios imposibles, salvo en la mente de los incompetentes. El problema era que los incompetentes seguían en el poder, y no habían movido un dedo para realizar cambios

significativos, dominados por el pensamiento a corto plazo. Al fin y al cabo, lo único que importaba era lo que sucediese en el período por el que habían sido elegidos, cuatro años, ocho con suerte, si eran reelegidos. De los problemas que estallarían con temporizador, a décadas vista, que se encargasen las generaciones venideras.

Tyler había tirado la toalla. Nadie iba a cambiar la realidad: la conformamos día a día con nuestros actos y para transformarla deberíamos previamente cambiar nosotros mismos. Pero pocos están dispuestos a volver al siglo XIX y renunciar a comodidades que damos por sentadas; de modo que si la realidad no puede cambiarse, ¿por qué no aprovecharse de ella?

Había dejado atrás una mediocre carrera como geofísico para entrar en el sector privado. No se estaba haciendo rico, ya que la compañía no se distinguía por su esplendidez, pero era un empleo que le permitía pagar las facturas, si no eran elevadas. Claro que a él le gustaba vivir bien, como a todo el mundo, y sus ingresos no alcanzaban a cubrir sus numerosas deudas, así que tenía que complementarlos con otras fuentes.

Su continuidad en la empresa pendía de un hilo. La desaparición de Sandoval hace medio año había colocado en tela de juicio su capacidad para continuar al frente de base Hispania. Tyler no deseaba seguir allí, y había solicitado un cambio de destino, volver al Orinoco o, en último extremo, a alguna plataforma petrolífera del círculo polar ártico; cualquier lugar menos aquel. Se lo denegaron. Tyler no sabía aún el motivo, pero intuía que si lo descubría, no iba a gustarle.

Había investigado personalmente los expedientes de todos los empleados que tenía a su cargo. La información facilitada por la compañía era escueta, alegando que se trataba de datos personales de carácter confidencial. Aquella nueva negativa puso aún más nervioso a Tyler, que comenzó a sospechar que la empresa había introducido un topo en el equipo, para que indagase por su cuenta qué había pasado con Sandoval.

Durante estos últimos tres meses, Tyler se había dedicado a conjeturar quién podía ser, y la conversación que

había escuchado entre Alba y Juan había sido reveladora. Aquella mosquita muerta no había viajado catorce mil kilómetros para buscar algas en un lago. Debía reconocer que había sido muy buena protegiendo su tapadera; hasta aquel día, Alba no le había dado motivos de sospecha, pero su cambio de expresión al escuchar de labios de Juan que éste fue amigo de Sandoval la había delatado. Tendría que llamar a su contacto y requerirle más información, ya que la que la compañía le había dado no era correcta. No le agradaba tener que hablar con aquel tipo; desde que contactó con Marduk, no había parado de arrepentirse un solo día, pero el panorama había cambiado a peor. Si se confirmaban sus temores y Alba era la persona que él creía, la situación de Tyler podía ponerse muy difícil allí, y eso a Marduk no le interesaba; así que, por su propio bien, tendría que ayudarlo.

El aumento de la delincuencia organizada en los últimos meses complicaría aún más las cosas. Contratar a Matías para evitar futuros asaltos no proporcionaba una garantía total: las bandas argentinas y chilenas estaban en guerra, y el conflicto había saltado al continente antártico. Ya no respetaban sus zonas de caza y se introducían en las del contrario, para probar la capacidad de respuesta del enemigo. Por ahora, estos últimos meses habían sido muy tranquilos y no tenía motivos de queja, pero desconocía si se debía a los buenos oficios de Matías o se trataba de suerte. En cuanto regresase de Xanadú, le preguntaría cómo estaba el ambiente. Tyler estaba dispuesto a establecer turnos dobles de vigilancia en la base, si tenía la más mínima sospecha de un asalto.

Marduk le advirtió en su día que se mantuviese alerta. Tyler interpretó que se refería a un riesgo inminente de sufrir visitas indeseadas, pero del aviso ya habían pasado seis meses, justo después del incidente, sin que hubiese ocurrido nada. ¿Había dejado de ser su contacto una fuente fiable de información? ¿Acaso sabía algo que no quería compartir con él?

¿Y si no se refería a las bandas de salteadores? Tyler comenzaba a temer que hubiera otro peligro oculto, aún más grave. Pero si desconocía su naturaleza, no podía adoptar medidas para protegerse, lo que lo dejaba completamente indefenso. No merecía aquel trato, había hecho todo lo que le

habían pedido; como mínimo, debían comunicarle qué estaba pasando.

Sacó un correoso donut de una bolsa y le dio un mordisco. Comer le relajaba y ayudaba a concentrarse. Observó pensativo el relleno de mermelada de fresa, que el bocado había dejado al descubierto, y se preguntó si podía establecer algún paralelismo con su situación actual. No se le ocurrió ningún símil adecuado, de modo que acabó su donut, guardó la bolsa en el interior de su parka y se dirigió a la salida del garaje. Observó a través de un cristal de la puerta que no había nadie en el exterior en aquellos momentos: no quería que Alba o Juan supiesen que él les había estado escuchando. Cautelosamente, cruzó la puerta y caminó hacia la base.

El lejano sonido de un rotor, a su espalda, le impulsó a darse la vuelta. Hizo pantalla con la mano y levantó la mirada.

La difusa mancha de un helicóptero se destacaba a media altura, en un luminoso cielo sin nubes.

CAPÍTULO 2

I

Matías saltó del helicóptero con una bolsa de viaje al hombro, y le indicó al piloto que ya podía despegar. Tyler le observaba, intrigado. No esperaba tan pronto su regreso. Algo malo tenía que haber sucedido para que adelantase su vuelta.

Avisados por el ruido del aparato, los demás habían salido al exterior y se acercaban a ellos. Tyler los ahuyentó con sus habituales malos modos: a estas alturas sabían muy bien que todo lo que trajese Matías tenía que pasar antes por sus manos. El recién llegado le previno que en este viaje apenas había podido traer nada, porque no tuvo tiempo para ir de compras.

Tyler le advirtió que no hablase delante de los demás y le acompañó a la oficina, cerrando por dentro para evitar la aparición de inoportunos hurones. Matías se retiró hacia atrás su desmarañado pelo y se enjugó con un sucio pañuelo el sudor de su rostro.

—¿Qué tal van las cosas por Xanadú? —inquirió Tyler.

Matías abrió su bolsa de viaje y sacó una botella de ron, otra de ginebra y dos de whisky. Tyler contempló desilusionado aquel magro botín.

—¿Y la comida? —gimió.

—Lo siento, otra vez será.

—La próxima vez iré contigo. ¿Por qué has venido tan pronto?

Matías encontró un par de vasos de cristal aceptablemente limpios, en un pequeño armario sobre el escritorio de Tyler.

—Eh, no curiosees en mis cosas.

Matías le sirvió un poco de ron.

—Ahora no tengo ganas de beber —gruñó su jefe.

—Pero si acabas de comer —le señaló una mancha rosada en su camiseta—. Esto te ayudará a hacer la digestión.

Tyler probó un sorbo. Áspero y dulzón; estaba acostumbrado a que Matías le trajese calidad. Apartaría esa botella para los chicos.

—Espero que el whisky esté mejor.

—No encontré a mi proveedor habitual, lo siento.

—¿Vas a decirme de una vez qué ha ocurrido?

—Te lo diré a condición de que no comentes nada a los demás. No hay motivo para ponerles nerviosos.

—De acuerdo.

—Estalló una bomba en una colonia costera a cincuenta kilómetros de Xanadú. La versión oficial acusa a un grupo ecoterrorista. Hablan de media docena de muertos, pero la cifra podría ser mayor. La base afectada es americana y no ha querido facilitar datos sobre lo sucedido. Hubo una desbandada en Xanadú, temiendo que sería el siguiente objetivo, y por eso tuve que adelantar mi regreso.

—¿Y cuál es la versión extraoficial?

—Tyler, aquí estás a salvo. No permitiré que os suceda nada.

—¿Un enfrentamiento entre bandas?

—Es posible, no lo sé, poseo poca información. Tenía que repartir mercancía a un par de bases de la costa y me vi obligado a cancelarlo. El piloto no quería volar en esas condiciones. De todas formas... —Matías vaciló.

—¿Qué?

—Yo creo que no se trata de eso. Hay una disputa feroz entre las multinacionales por el control del petróleo del litoral. Más de una ya ha recurrido a nosotros para que le hagamos el trabajo sucio. Atacamos a la competencia o realizamos sabotajes, simulando asaltos. Ellos no quieren mancharse las manos.

—Si tu teoría es cierta, podríamos estar expuestos a un ataque en cualquier momento —dijo Tyler—. ¿De qué le sirve a la compañía pagarte un sueldo si no tenemos seguridad?

—Aquí no hay nada que temer. Las zonas objeto de disputa son las costeras, donde hay más densidad de población y las temperaturas son tolerables. El interior del continente sigue siendo muy frío y la capa de hielo es tan gruesa que hace poco rentable las actividades mineras. Al menos, de momento —añadió.

—Bueno, vale —Tyler no estaba en absoluto convencido—. Tengo trabajo que hacer —le devolvió el ron y una de las botellas de whisky, de la marca más barata—. La próxima vez, procura traerme algo decente antes de salir cagando leches.

Al quedarse solo, Tyler encendió su ordenador y escribió un correo electrónico a su contacto. Marduk tenía que darle muchas explicaciones acerca de lo que estaba sucediendo. Aprovechó para solicitarle un informe ampliado acerca del pasado de Alba. Tenía que descubrir quién era aquella mujer y para quién trabajaba realmente. Quizá era un topo de la competencia, en busca de información; y si las especulaciones de Matías eran ciertas, base Hispania podría volar por los aires el día más inesperado.

Unos minutos después de haber enviado el e-mail, su programa de mensajería instantánea le notificó que Marduk estaba en línea.

—Mantén a Alba apartada del lago —leyó en la pantalla.

—Ya es demasiado tarde —escribió Tyler.

—Lo será si no obedeces.

El tono de Marduk era especialmente hiriente. Tyler no soportaba que nadie le hablase así, y trataba en lo posible de evitarle, salvo que no tuviese más remedio. Por desgracia, aquélla era una de esas ocasiones en que no podía eludirlo.

—¿Está Alba implicada en la explosión de hoy? —preguntó Tyler.

—No lo sabemos.

—¿Qué hay en el lago? ¿Por qué tengo que mantener a Alba alejada de esa zona?

Hubo una pausa de treinta eternos segundos, antes de que apareciese la contestación en la pantalla:

—Lo sabes muy bien.

II

Juan y Olga se prepararon para activar el equipo de perforación, que finalizaría el pozo que comunicaría con el lecho de roca, a tres kilómetros de profundidad. Otros dos pozos habían sido excavados por la anterior expedición. La compañía quería emplazar sensores en tierra para detonar una carga explosiva. Los sensores medirían la propagación de la onda sísmica en la roca y así se conocería el volumen exacto de la bolsa de gas natural que, de acuerdo con las mediciones establecidas por satélites y radar, existía allí abajo.

Juan acarreó del oruga un bidón de gasolina y llenó el depósito de la perforadora, mientras Olga se paseaba nerviosa, describiendo círculos a su alrededor.

—No debería estar aquí —murmuraba—. No me pagan para esto.

—Díselo a Tyler —Juan guardó el bidón en el vehículo y comprobó que todos los indicadores de la perforadora estaban en orden.

Olga encendió un cigarrillo, ignorando las advertencias de su compañero para que no fumase allí.

—¿Qué te ha contado Matías de su viaje? —dijo la mujer.

—Apenas nada. Adelantó su vuelta, pero no me explicó el motivo.

—Algo grave ha pasado. Lo sé.

Juan puso en marcha el equipo de perforación. La máquina sufrió una sacudida antes de arrancar, emitiendo un agudo gáñido. En el fondo del pozo, la cabeza de perforación comenzó a girar, emitiendo un cavernoso quejido de protesta, como si se solidarizase con la actitud de la mujer.

—Querrás decir que lo sospechas —la corrigió él.

—Hice un barrido de frecuencias en la radio esta mañana. Escuché algunas conversaciones que hablaban de una explosión y muchos heridos.

—¿Dónde ha sido eso?

—Es lo que me falta averiguar. Fui contratada para cuidar de la seguridad de la base; mi cometido no es excavar pozos en el hielo.

—Tu puesto está donde diga Tyler.

Olga lo observó con curiosidad.

—¿Confías tu vida a lo que diga ese tipo? —inquirió la mujer.

—No tenemos otra opción.

—En lo que concierne a seguridad, el coronel Reinosa es quien tiene la última palabra.

—Claro, por eso él se ha quedado en la base y tú estás aquí —observó maliciosamente el hombre.

—No te gusta tenerme cerca, ¿eh?

Por toda contestación, Juan se volvió hacia la perforadora, simulando realizar unos ajustes.

—Eres realmente divertido —rió ella, con ese peculiar timbre de lija que tanto incomodaba a Juan.

—¿Por qué dejaste la carrera militar? —le espetó él.

—¿Y a ti qué te importa?

—La verdad, nada. Era solo por charlar.

Olga aspiró una bocanada de humo y la fue exhalando con lentitud. Mezclada con el vapor de agua de la respiración, el humo tenía una textura de algodón sucio.

—Supongo que debería alegrarme porque demuestres interés por mí —sonrió ella.

En las profundidades del pozo, la broca encontraba dificultades para continuar. La máquina se sobrecalentaba por el esfuerzo, más o menos lo mismo que le sucedía a Juan cuando tenía a Olga cerca.

—Durante cierta época de mi vida, me gustaba cumplir las reglas —prosiguió la mujer—. En los cuarteles no hay que pensar mucho, solo cumplir órdenes. Además, siempre me ha gustado el ejercicio físico.

—¿Cuándo empezaste a dejar de cumplirlas?

—Cuando descubrí que me pagaban más en otro sitio.

—Se supone que ahora deberías seguir cumpliendo reglas, aunque sean pocas.

—También me gusta quebrantarlas —sonrió cínicamente.

—He oído que te largaste del ejército antes de que te echasen. Tenías una hoja de servicios negra como la mugre de este trasto —señaló la perforadora.

—Participé como voluntaria en varios conflictos armados. Las guerras evitan que los militares se oxiden. Son necesarias para entrenar a la tropa y probar nuevas armas.

—¿Crees que las guerras son útiles?

—Colocan al ser humano al límite de sus capacidades, obligándole a sobrevivir. Es un método de selección de los más fuertes. Durante las guerras, la humanidad ha conseguido las mayores cotas de progreso tecnológico. Es una realidad terrible, pero a veces no es agradable escuchar la verdad.

—Espero que no todos los militares piensen como tú —murmuró él, entornando los ojos.

—Algunos compañeros creían que ser militar consiste en aprobar una oposición y vivir el resto de tu vida como un puto funcionario. Cuando pedían voluntarios para Oriente Medio o África, escurrían el bulto. Yo nunca me escondí. Fui donde nadie quería ir e hice lo que nadie quería hacer.

—Así que te gusta el peligro.

—La guerra te mata o te hace más fuerte. Tú decides cómo quieres acabar.

—Pero has acabado aquí —Juan abarcó con los brazos el páramo de hielo—. No parece que hayas progresado mucho en tu carrera.

—Interesante cuestión que también se te aplica a ti.

—Yo sí he progresado. Antes estaba en el paro y ahora tengo un empleo. En cambio tú... —la máquina seguía martirizándole con un prolongado surtido de chirridos y crujidos—. Se ha atascado. Tendré que sacar la broca y echar un vistazo.

La grúa montada junto al pozo comenzó a izar la cabeza de perforación. Maldita sea, pensó, tenía que estropearse precisamente con Olga a su lado, que no tenía ni idea de mecánica, o si la tenía, lo disimulaba muy bien.

—Juan, tu vida ha sido siempre cómoda y rutinaria. No sabes lo que es el dolor ni el sufrimiento. Ignoras todo lo que sucede más allá de tu pequeña parcela de terreno. Seguramente éste sea el primer viaje en el que estás fuera de tu casa más de un mes.

El hombre no respondió, señal de que ella había acertado. Animada, continuó:

—La vida nos hace fuertes poniéndonos a prueba. Si nunca has estado al límite de tus capacidades, entonces no sabes quién eres, ni qué serías capaz de hacer en una situación extrema.

—Tampoco tengo interés en averiguarlo. Mi idea de la vida es tratar de pasarla lo mejor posible, no ir a buscar el dolor ahí fuera. Sé que tarde o temprano, él vendrá a buscarme a mí; ningún humano está a salvo de él durante mucho tiempo, aunque no haya vivido una guerra.

—Qué melodramático —dijo Olga con tono de burla, expulsando otra densa bocanada de humo y vapor de agua—. Bah, palabras.

—A lo mejor buscas el peligro porque te aburres.

—¿De qué hablas?

—¿Estás casada?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Lo estás sí o no?

Olga gruñó algo para sus adentros, y de mala gana sacudió negativamente la cabeza.

—Pues yo tengo esposa y dos hijos, y uno de ellos sufre una de esas enfermedades raras para las que no hay tratamiento, ya que a los laboratorios no les sale rentable encontrar una cura. Mi mujer se ha de quedar en casa para cuidar a mi hijo enfermo y yo he estado en el paro durante un año, malviviendo como he podido. Si he venido a este desierto a picar hielo ha sido porque no tenía otro remedio. Créeme, si hubiera podido elegir, me habría quedado en España al lado de mi familia. No tengo tiempo para ir de turismo bélico a vivir nuevas experiencias; ya encuentro bastantes problemas en casa para buscar más por mi cuenta.

Olga no respondió, pero tampoco pidió disculpas por su comportamiento irritante. Juan prefería que siguiese con la boca cerrada.

Él se cruzó de brazos y esperó en silencio a que la grúa sacase a la superficie la cabeza de perforación. Olga trazaba círculos en la nieve, cada vez más amplios e irregulares, evitando cruzar la mirada con él. Era muy satisfactorio verla fuera de juego, vencida en el terreno donde se creía más segura. Para ganar, Olga necesitaba el apoyo de sus compañeros que le reían las gracias; allí, en cambio, estaba sin apoyos y era vulnerable.

Empezó a valorar si en estos últimos meses, no había cometido un error tratando de evitar las discusiones. Esa actitud pacífica le había dado una imagen de debilidad, y los demás abusaban de su buena voluntad sobrecargándole de tareas que no querían hacer. Tyler, enclaustrado en su despacho, haciendo nadie sabía qué, tampoco deseaba interceder en su favor. Mientras el trabajo se hiciese, al jefe le importaba un pimiento si solo trabajaba uno y los demás se dedicaban a jugar en el ordenador.

Alba era la única persona que parecía distinta; jamás le había puesto excusas para negarle ayuda. Irene solo era colaboradora a ratos, dependiendo de cómo se hubiese levantado por la mañana. Matías, aunque se esforzaba en ser simpático, tenía sus intereses en otro lugar, con esos sospechosos viajes que Tyler consentía. A Juan no le importaba en qué chanchullos estuviese envuelto, pero sí que cumpliera su jornada.

Contempló los tortuosos movimientos de la grúa, balanceándose peligrosamente mientras seguía izando la cabeza de perforación. Seguramente la broca se habría partido y habría que desmontar el mecanismo, cargarlo en el oruga y regresar a la base. Una semana de duro trabajo como mínimo, y después vuelta a empezar. Bueno, mantenerse ocupado haría que pasase el tiempo más rápido, se consoló. Prefería la actividad antes que sentarse a vegetar frente a la pantalla, con uno de esos juegos estúpidos para adultos que no quieren crecer.

Recordó la conversación mantenida con Alba en el garaje, preguntándose qué interés tenía su amiga en Sandoval, y si sabía algo sobre aquel asunto que los demás ignoraban. Hasta ahora, estaba convencido de que solo Tyler tenía todas las piezas del rompecabezas, y que por razones oscuras no quería compartir esa información con los demás. Quizá fueran figuraciones suyas, pero tenía que salir de dudas. Volvería a hablar con Alba sobre ese asunto. Ella no era Tyler, y si disponía de datos, los compartiría con él.

A cambio de los que él le pudiese proporcionar.

El suelo tembló ligeramente. La cabeza perforadora asomaba por la boca del pozo. Juan llamó a Olga para que le ayudase. La mujer se había retirado un centenar de metros a fumar y maldecir en solitario, de modo que él no pudiese oírla. Juan se encaramó a la grúa, tratando de adivinar qué había ocurrido.

El temblor se repitió.

La grúa cubrió el último tramo, sacando la cabeza del pozo. Antes de que Juan se diese cuenta de lo que sucedía, un chorro de vapor a presión impactó contra su pecho. Perdió el asidero y cayó al helado suelo desde una altura de cinco metros. Huelga decir que Olga no estaba allí abajo para amortiguar la caída. Un dolor mordiente le laceró el hombro izquierdo, mientras recibía en el rostro gotas del vapor que seguía escapando por la boca del pozo.

Se protegió la cabeza con la capucha de su anorak y, arrastrándose a duras penas por la nieve, se alejó un poco de la grúa.

III

Tendido en la camilla de la enfermería, Juan aguardaba con resignación el diagnóstico de la médica de la base. Irene le había realizado una serie de radiografías del hombro y brazo lesionados, así como del cráneo, ya que Juan se quejaba de un leve mareo.

La doctora le observó con una media sonrisa, examinó las radiografías en la pantalla del ordenador y luego hizo un gesto con la mano para que se levantase.

—Estás más sano que yo —dijo—. Si buscabas una excusa para no trabajar, has fallado. Más suerte la próxima vez.

—Pero el brazo me duele mucho —se quejó él—. Casi no puedo moverlo.

—Es por la contusión. Notarás que la zona irá cambiando de color con el paso de los días, hasta que tu cuerpo absorba el hematoma. Te tomarás una pastilla de ibuprofeno en el desayuno y otra en la cena.

—¿No me vas a dar la baja?

—Una contusión no te impedirá trabajar, y en el otro brazo no tienes nada.

Alba pasó a la enfermería, y preguntó sobre el estado del paciente. Irene le quitó importancia al percance.

—Tiene la cabeza más dura que yo —bromeó—. Lo que ya es decir.

—Olga me ha contado que hubo una erupción de vapor —dijo Alba.

—Clatratos —aclaró Juan, sentándose en el borde de la camilla—. Hidratos de metano. Se les suele encontrar en las perforaciones del lecho oceánico. Por desgracia, las emisiones originadas por clatratos son cada vez más frecuentes.

Irene y Alba se intercambiaron una mirada de interrogación, que hizo necesaria una explicación adicional por parte del geólogo:

—Los clatratos liberan el gas que almacenan si aumenta la temperatura o disminuye la presión. Se cree que las emisiones de hidratos de metano fueron responsables de varias extinciones masivas en el pasado remoto de la Tierra. El efecto invernadero ha incrementado la liberación de metano a la atmósfera, lo que hará ascender aún más las temperaturas. A diferencia de lo que sucedió en anteriores extinciones, en que la vida tuvo tiempo de adaptarse, la subida actual es tan rápida que no tendremos tiempo. Un par de siglos y nos habremos extinguido.

—Gracias por alegrarme el día —dijo Irene.

—Lamento no poder ayudarte con tus sondeos en el lago, Alba —se excusó Juan.

—No importa —la aludida se encogió de hombros—. Tyler ha cancelado mis investigaciones.

—¿Por qué?

—Dice que el incidente de hoy podría reproducirse en el lago subterráneo; la cubierta de hielo es inestable y están surgiendo nuevas grietas.

—Tyler miente —sentenció Irene—. Nuestra seguridad le importa un cuerno.

—Iré esta tarde a recoger la sonda. Tyler pretendía impedirme incluso eso, pero soy responsable ante la compañía de su uso y mantenimiento. No quiero que figure en mi expediente que la perdí.

—Es un trasto inútil —dijo Irene—. La responsabilidad última es de Tyler. Olvídате de la sonda, es menos trabajo.

—Iré de todos modos.

—Ten cuidado —le advirtió Juan—. Aunque sea duro reconocerlo, puede que Tyler tenga razón.

—No me lo creo —insistió Alba—. Oculta algo, y tengo que descubrir el qué. Me puso muchas pegas a que llevase a cabo mi trabajo en el lago, y ahora, sin venir a cuento, me prohíbe que regrese y está dispuesto a perder una sonda que le ha costado a la compañía miles de euros.

—A estas alturas ya deberías saber qué pretende —dijo Irene—. La compañía está obligada por el gobierno español a respetar los términos de la concesión, y eso incluye dedicar un pequeño porcentaje de sus recursos a investigación científica. Pero si tú haces el trabajo demasiado bien, el gobierno podría paralizar las prospecciones geológicas. Es tan simple como eso. Tyler utiliza como excusa el accidente de Juan para cerrar el acceso al lago. Nuestro torpe amigo —señaló la camilla— se lo ha servido en bandeja. A ti te van a pagar igual a fin de mes tanto si encuentras microbios en el lago como si no.

—Pero mi futuro profesional depende de lo que haga aquí. Me ha costado mucho que me diesen este trabajo, para quedarme ahora cruzada de brazos. Tyler ni siquiera ha ido una sola vez la zona; desconoce el estado actual del hielo y si es tan peligroso como él afirma.

—Bueno, chica, haz lo que quieras —Irene se encogió de hombros—. Era una sugerencia. Pero sé por experiencia que no es bueno para la salud llevar la contraria al jefe. Si quieres volver a trabajar para la compañía, sígueme la corriente.

Alba empezó a sentirse molesta por la insistencia de Irene. Daba la impresión de que estuviese de parte de Tyler. Es cierto que hasta ahora no había hablado precisamente bien de él, pero tal vez aquello fuese una fachada tras la cual enmascaraba sus verdaderas motivaciones. Ambos trabajaron juntos en el Orinoco hace un par de años, y ahora estaban en la Antártida, luego quizá no se llevaban tan mal como ella recalca siempre que surgía el tema.

Alba intentó que concretase por qué era malo para la salud contradecir al jefe, pero Irene alegó una vaga excusa y se quedó sola en la enfermería. Tal vez no se sentía cómoda hablando delante de Juan, pensó. Un testigo de sus palabras podría traerle complicaciones si hablaba más de la cuenta.

Algo había puesto muy nervioso al inglés, y eso indicaba que Alba caminaba por el camino correcto. No había venido a la Antártida para dejarse asustar por insinuaciones y amenazas veladas. Tenía un trabajo que cumplir, y no regresaría a Madrid hasta descubrir qué había pasado en la base hace seis meses.

Y qué ocultaba Tyler.

CAPÍTULO 3

I

Al día siguiente, mientras todos dormían, Alba se marchó a bordo de una motonieve hacia el lago. Había suficiente claridad en el cielo para que pudiese orientarse sin necesidad de encender los faros. Era difícil para el cuerpo acostumbrarse a los cambiantes ciclos de luz solar; ahora disfrutaban de unas pocas horas de oscuridad al día, pero el organismo no se aclimataba a los fluctuantes amaneceres del Polo Sur, y en la base seguían el sistema de levantarse a las ocho de la mañana, tanto si había salido el sol como si no. El verdadero problema no lo tendrían ellos, sino el relevo que viviría en la base en pleno invierno austral. Ya era duro trabajar a temperaturas extremas en un desierto helado, sin nada alrededor que rompiera la monotonía del paisaje, para tener que hacerlo además a oscuras.

La compañía temía que, si abandonaba las instalaciones durante el invierno, empresas rivales aprovecharían la ocasión para arrebatarles el control de la zona. Ya sucedió una vez. Una base rusa se instaló hace unos meses en un lugar que, previamente, HispanCarbide había explorado con posibilidades de éxito, a un centenar de kilómetros de base Hispania. Un pequeño puesto de avanzada construido durante el verano y abandonado durante el tenebroso invierno, se convirtió a la primavera siguiente en una estación supuestamente científica, levantada por BPGazprom a toda prisa. Las autoridades

españolas prefirieron no intervenir, alegando que su soberanía se limitaba a base Hispania y terrenos circundantes. Aquél era un juego donde se apostaba duro, y el jugador que se levantaba antes de tiempo lo perdía todo.

Lamentablemente, las fichas en el tapete poseían rostros y apellidos, y era obvio que tenían opiniones propias acerca del curso de la partida.

Alba detuvo la motonieve, se colocó la mochila a la espalda y continuó a pie sobre la inestable cubierta helada del lago. Aún con tan poca luz, podía advertir en el terreno nuevas grietas que daban la razón a Tyler. La erupción de clatratos en uno de los pozos había debido remover las profundidades, o quizá la fuente geotermal existente en el lecho rocoso se había activado inesperadamente en las últimas horas. Saldría de dudas con la grabación de la memoria interna de la sonda.

Llegó al lugar señalado, se arrodilló en el hielo y abrió el ordenador para transmitir el comando que haría retornar al pequeño ingenio a la superficie. En el centro del agujero practicado en el hielo, observó un pequeño burbujeo, pero la sonda no afloraba. Por un momento, temió que una erupción de metano a presión escapase por la boca del pozo y le quemase el rostro. Nadie sabía que ella estaba allí; para cuando la echasen de menos y se pusiesen a buscarla, sería demasiado tarde.

Comprobó con un termómetro la temperatura del agua. Era prácticamente la misma de días pasados. El miedo la traicionaba. Cambió la orientación del ordenador portátil y se situó más cerca del pozo, tecleando de nuevo el comando de retorno.

Captó un débil pitido de respuesta. La sonda le comunicaba que seguía activa. Alba dejó escapar un suspiro de alivio y abrió el programa de diagnóstico. Algo fallaba en el aparato; las hélices no transmitían suficiente potencia, a pesar de que aún quedaban dos tercios de batería.

Cuando iba a darse por vencida y se disponía a recoger su equipo, advirtió un segundo burbujeo en el agua: la sonda asomaba tímidamente a la superficie.

Con cuidado, se inclinó sobre el pozo y la rescató de las aguas. El aparato tenía restos fibrosos alrededor de su cuerpo

central, que entorpecían el giro de sus hélices. No eran algas, sino filamentos de algún tejido sintético. Quizá la sonda había tratado de recoger una muestra y se había enredado.

Alba no pudo esperar a regresar a la base, y conectó la máquina al ordenador para trasvasar toda la información que había reunido. Un sistema de indexación de imágenes le permitía ir directamente a aquellos fragmentos de grabación que fueran interesantes, sin tener que pasarse horas frente al monitor, contemplando una pantalla oscura.

Al acceder al programa de grabación, encontró tres grupos de imágenes enmarcados en rojo, que prometían mucho. Accedió al primer corte, de tres minutos de duración. Pese a la deficiente iluminación proporcionada por la sonda, advirtió un bulto que flotaba bajo el hielo, con un fragmento de tela deshinchada ondeando en uno de sus extremos. No parecían los restos una foca u otro tipo de criatura que, de alguna manera misteriosa, hubiera podido ir a parar allí.

—Sabía que no me harías caso.

Alba se dio la vuelta, sobresaltada. Irene se había acercado sigilosamente y la observaba con una expresión de censura.

—¿Que haces aquí? —balbució, nerviosa.

—Eso mismo te iba a preguntar yo —dijo la médica.

—Trabajando. Para esto me pagan. ¿Y tú?

—Tyler te prohibió que te acercases aquí. Éste ya no es tu trabajo —Irene se arrodilló para mirar la pantalla—. Vaya —murmuró—. Parece un león marino.

—No es un animal —dijo ella—. Estamos en el interior del continente. Aquí ni siquiera hay insectos.

—¿Estás segura? —Irene contempló escéptica la pantalla.

—Tiene forma humana —Alba señaló algo que parecía una pierna.

Irene la contempló fijamente. Ambas habían llegado a la misma conclusión:

—Sandoval —dijo Alba en voz baja, como si temiese que alguien más pudiese oír sus palabras—. Su cuerpo no fue encontrado. Desapareció hace seis meses en el interior de una

grieta, y por lo que me han dicho, Tyler no puso demasiado empeño en recuperar su cuerpo.

—¿Insinúas que Tyler lo mató?

—Eso explicaría por qué no quería que volviese a esta zona. Temía que encontrase algo.

—Pero te dejó abrir ese pozo e introducir la sonda. Si Tyler fuese el asesino, no habría sido tan descuidado.

—Lo hizo presionado por el gobierno español, porque temía perder la concesión, y porque pensaba que yo era tan torpe que no iba a encontrar nada. Ahora, ha aprovechado la excusa del accidente de Juan para prohibirme el acceso a esta zona.

—Las erupciones de clatratos son reales. Tyler no se ha inventado nada.

—Necesitamos rescatar el cuerpo. Tú eres médica, podrás reconocer el cadáver para descubrir si Sandoval murió de causas naturales.

—No soy forense.

—Eres lo más parecido a una forense que tenemos en varios cientos de kilómetros a la redonda. Pero si no te consideras capacitada para una autopsia, pediremos ayuda a Madrid.

Irene negó vigorosamente; no le gustaba ser manipulada por Alba, pero por otra parte, tampoco iba a dar la impresión de que quería dejar aquel fiambre bajo el hielo.

—Puedo hacerlo —dijo—. Necesitaré ponerme al día en algunas técnicas y quizá haga un par de llamadas, pero con Internet, no será un problema.

—Bien. La sonda tiene las coordenadas exactas del lugar donde se encuentra el cuerpo de Sandoval.

—Suponiendo que sea Sandoval —matizó Irene—, y no los restos de una foca que alguien tiró aquí hace tiempo.

—Sí, suponiendo eso. Tyler no deberá saber nada de este asunto hasta que llevemos el cuerpo a la base. Entonces tendrá que aceptar los hechos consumados. Se trata de un asunto de seguridad, y quien tiene la última palabra en ese aspecto es Reinosa.

Irene hizo una mueca al oír que Alba mencionaba al ex militar como garantía de confianza.

—¿Por qué pones esa cara?

—A Reinososa no le gusta meterse en líos —explicó la doctora—. Prefiere mirar hacia otro lado antes que asumir responsabilidades.

—Estamos ante un caso de muerte violenta. Las leyes españolas se aplican también aquí. Si alguien no colabora en la investigación y luego se demuestra que Sandoval fue asesinado, podría ser acusado de encubrimiento. Estoy segura de que Reinososa no ha olvidado las responsabilidades de su cargo.

Irene gruñó, lamentando que Alba hubiese conseguido involucrarla con tanta facilidad.

—Imagina que tuvieses razón —argumentó, sin dejarse vencer—. Imagina que Sandoval fue asesinado. Probablemente ahí acabará todo, no descubriremos al autor, y Tyler será acusado de negligencia. Jamás te lo perdonará, Alba, no volverás a trabajar para la compañía. En Madrid no gustará que removamos en la basura, porque este incidente acarreará muy mala prensa y todos saldremos perdiendo. Por lo que sé, la familia de Sandoval ya recibió una indemnización. El asunto está cerrado, y si alguien no quedó satisfecho con la explicación oficial, que hubiesen enviado a la policía para investigarlo. A nosotras no nos corresponde asumir esa función.

—Estás sugiriendo que dejemos el cuerpo ahí abajo, y hagamos como si no hubiésemos visto nada —Alba le dirigió una mirada cargada de sospechas.

—Por lo que a mí respecta, ese bulto podría ser una foca muerta.

—Pues si lo fuese, yo tendría mucho interés en descubrir cómo ha llegado hasta aquí. Pienso sacar el cadáver con tu ayuda o sin ella —Alba recogió su equipo y se colocó la mochila a la espalda.

Irene reconoció interiormente que su estrategia no era muy brillante. Cualquier intento de disuadir a Alba confirmaría a ésta que iba por el buen camino. No había sido inteligente ponerse de parte de Tyler; aquel cabrón siempre acababa dando problemas a quien estuviese cerca de él. Ya lo

había padecido bastante en el Orinoco, hace dos años, y ahora volvía a tocarle las narices.

Se preguntó qué había hecho mal en la vida, por qué no había conseguido un empleo mejor con su título de médica; los facultativos de atención primaria vivían aceptablemente, firmando recetas en sus calentitos despachos. Pero tuvo que cruzarse Goyo en su camino; aquel desgraciado la dejó preñada con solo veinte años para dejarla tirada poco después y largarse con una furcia.

Irene trabajó durante un tiempo para una compañía privada de sanidad, pero cuando cumplió los cuarenta, la dirección redujo plantilla y despidió a los médicos con más antigüedad, que cobraban más, sustituyéndolos por jóvenes recién salidos de la universidad. Irene entraba en la madurez y lo hacía sola, sin ningún compañero a su lado que la ayudase. Su único hijo había caído en las drogas y a los dieciséis se marchó de casa para vivir el mundo a su manera. Como nadie escarmienta en cabeza ajena, dejó embarazada a su novia al poco de conocerla, aunque por lo que sabía, aún seguían juntos.

Su vida era tópica, vulgar y triste. Cada mañana, Irene contemplaba en el espejo la lenta corrosión de su cuerpo por la mordida del tiempo; aquella imagen era todo lo que había sido y todo lo que podría ser en el futuro; alcanzó su cenit —por llamarlo de algún modo— hace años y ahora se deslizaba lenta e inexorablemente, por una pendiente de decadencia. Era abuela, estaba sola y tenía un hijo que no quería verla y un nieto al que no podía ver. Había fracasado como esposa y como madre, su empleo no le gustaba y, en los tres meses que llevaba en el helado culo del mundo, ninguno de los hombres de la base se había interesado lo más mínimo por ella. Ni siquiera Olga, de la que se murmuraba que jugaba a todos los palos de la baraja, mostraba interés por acostarse con ella. A aquellas alturas de la vida, a Irene le habría importado un comino hacerlo con una mujer; el fracaso con Goyo y algunas experiencias negativas que tuvo después quizá fuesen las causantes, pero lo que menos anhelaba ahora era el sexo, y sí en cambio unas gotas de afecto, una mirada cálida al amanecer que la reconfortase y la hiciese sentirse menos sola.

—¡Espera! —gritó Irene—. Tienes las coordenadas para localizar el cuerpo. Hay herramientas en las motonieves para picar en el hielo, cuerda y un arnés. Ya que estamos aquí, ¿qué tal si echamos un vistazo? Puede que no sea complicado sacarlo a la superficie.

Alba se detuvo, sorprendida ante la actitud repentinamente colaboradora de Irene.

—¿Me ayudarás?

—Por qué no. ¿Qué puede hacernos Tyler? ¿Matarnos?

—Irene se encogió de hombros—. Y qué. Como diría Clint Eastwood, ¿acaso pretendes vivir para siempre?

Alba sonrió forzosamente, pero el gesto de Irene no reflejaba que estuviese bromeando.

—No conoces a Tyler —le advirtió la doctora con indiferencia, y fue ese tono neutro, indolente, lo que más asustó a Alba—. Pero lo conocerás. Seguro.

II

Resultó mucho más complicado de lo que ellas esperaban. Parte del cuerpo se hallaba incrustado en el hielo, y tras evaluar la situación, decidieron que sería más rápido liberarlo por debajo, entrando al pozo que ya estaba abierto.

Fue inevitable requerir la ayuda de Olga y Reinosa, que habían practicado el submarinismo en condiciones extremas durante su etapa castrense. Evidentemente, Tyler quiso saber el motivo de tanto jaleo, y cuando lo descubrió, su cara adquirió el color del hielo. No se atrevió a prohibir la operación, por miedo a que todas las miradas se centrasen en él —aunque algunas, de todos modos, ya lo estaban—, pero tampoco reveló el menor entusiasmo. Alba creía que se iba a ganar una amonestación pública por haber quebrantado la prohibición de regresar al lago, pero Tyler prefirió olvidarse de eso, al menos de momento. La situación se había vuelto difícil para él, y cualquier palabra que pronunciase en presencia de testigos se podría volver en su contra en un futuro

cercano, si aquello acababa en un tribunal. Su única opción era comportarse del modo que se esperaba de un jefe responsable ante el hallazgo de un cadáver.

Olga y Reinosa utilizaron taladradoras sumergibles para liberar el cuerpo del hielo. No se trataba de una foca ni de un león marino, como deseaba Irene, sino de un cadáver humano. Tras subirlo a la superficie, Juan reconoció su rostro sin vacilación: era Sandoval, desaparecido hace seis meses en aquella zona. El cuerpo se encontraba en excelente estado de conservación, gracias a las bajas temperaturas y a la ausencia de peces en el interior del lago. Una de las mangas de su anorak estaba bastante ajada; probablemente se la había roto al caer.

El cadáver fue trasladado a la base, pero Tyler se negó a que Irene le practicase la autopsia, alegando que carecía de la cualificación necesaria. Enviaría un mensaje a la central y que Madrid decidiese qué hacer. Mientras tanto, el cuerpo quedaría en un arcón frigorífico en el almacén de suministros ubicado junto al garaje, cerrado con candado.

Irene no pudo disimular su alivio al oír eso. Abrir aquel fiambre en canal era lo menos que le apetecía en aquellos momentos; se había acostumbrado a una vida sin complicaciones y aquel cambio de la rutina le podía haber traído un buen quebradero de cabeza. La orden de Tyler era tajante e Irene no tenía intención de discutir. El muerto ya era problema de otro.

Pero Alba no compartía esa opinión, y no pensaba tolerar que Tyler diese carpetazo al asunto tan fácilmente. Después de la cena, acudió a su despacho para hablar con él en privado.

—No podemos esperar a que el cadáver sea repatriado a España —protestó la mujer—. Tenemos que saber qué o quién causó la muerte de Sandoval. Nuestra propia seguridad está comprometida.

—Tú no eres quien dicta las órdenes aquí —bufó Tyler, sirviéndose un vaso de whisky.

—Si las dictase yo, no estaríamos teniendo esta conversación.

Tyler tomó un trago y la evaluó con la mirada.

—¿Quién te crees que eres, niñaata? ¿Por qué cojones tuviste que volver al lago, saltándote mi prohibición a la torera? ¿Pretendes ponerme en evidencia delante de los demás?

—No sé si eres consciente de lo sospechosas que suenan tus palabras en estos momentos, Tyler.

—Me importa una mierda. Yo dicto aquí las normas; si no te gustan, lárgate. No necesito una bióloga en mi equipo. Hispania es una base de prospección geológica. Si buscas bichos, vete a la selva. Seguro que encontrarás una anaconda de tu talla —sonrió.

—Estoy aquí porque el gobierno español obligó a HispanCarbide a contratarme —dijo ella—. Los términos de la concesión están muy claros. Si no dedicas un mínimo de recursos a la investigación científica, España cerrará esta base.

—¿Qué hizo el gobierno por nosotros cuando los rusos nos quitaron una estación de sondeo el invierno pasado? Lo único que sabe esa panda de chupones es sangrarnos a impuestos. Todo lo demás les importa un cuerno.

—Aún así, hay unas normas que incluso tú debes cumplir.

—Cumpló escrupulosamente el reglamento. Y te recuerdo que me corresponde a mí interpretarlo.

—Irene está capacitada para practicar una autopsia. El procedimiento...

—Lo más complicado que ha hecho Irene en su vida es recomponer fracturas de huesos y recetar pastillas.

—Tienes una opinión muy pobre de la doctora.

—El cadáver será examinado cuando llegue a Madrid; no quiero que por culpa de la torpeza de Irene, me gane una amonestación.

—¿Y si Sandoval fue asesinado? ¿De verdad pretendes que esperemos a regresar para averiguarlo?

—Por qué no —Tyler se encogió de hombros—. A ti qué te importa de qué murió.

—Mucho. Porque lo que sucedió en esta base hace seis meses podría volver a repetirse con cualquiera de nosotros.

—He enviado un informe a la central. Esperaré instrucciones. Si ordenan practicar una autopsia *in situ*,

sacaremos a Sandoval del arcón e Irene podrá trincharlo como a un pavo de Navidad. En otro caso... —el ordenador emitió un pitido. Acababa de recibir un mensaje de alta prioridad.

—Quizá sea la contestación que esperamos.

Tyler lo dudaba mucho, porque en realidad no había enviado ningún informe. Ya decidiría mañana qué hacer. Hoy estaba demasiado nervioso para pensar.

—¿No vas a leerlo? —insistió Alba.

El inglés tomó otro sorbo y la miró con impaciencia.

—Si hay algún avance en la investigación, te mantendré informada —dijo secamente.

—No lo harás.

—Alba, mientras cumplas las normas de seguridad, no tienes qué temer.

No parecía una amenaza, pero tras haber escuchado las advertencias de Irene sobre aquel tipo, la mujer dudó sobre cómo tomar aquellas palabras.

—En cambio, si te empeñas en seguir ignorando mis instrucciones, acabarás en el fondo del lago. Ese lugar es muy peligroso. Ya he perdido un hombre allí y no toleraré más accidentes. Si quieres volver a trabajar para la compañía, no me obligues a informar de tu conducta.

Alba asintió y con semblante serio, abandonó el despacho de Tyler. Éste se quedó mirando fijamente la puerta cerrada: Alba no era la persona que decía ser, y tampoco estaba allí para hacer ciencia. Pero entonces, ¿quién la había mandado?

Se giró hacia la pantalla del ordenador. Tal vez la respuesta se hallase allí. Su programa de mensajería instantánea le notificaba que Marduk estaba en línea y quería hablar con él.

—¿Por qué no me has hecho caso? —leyó en la pantalla—. Te advertí que os mantuviésteis lejos del lago.

Tyler meditó unos segundos antes de escribir la respuesta. No se explicaba cómo se había enterado tan pronto. Él no había comunicado el hallazgo del cadáver de Sandoval a nadie.

A menos que Alba hubiese informado directamente a Marduk de lo que allí sucedía. Pero no tenía sentido,

recapacitó. Si Marduk no quería que nadie se acercase al lago, sería absurdo que Alba quebrantase aquella orden. Claro que si algo había aprendido de su trato con aquel sujeto, era lo retorcido que podía ser. Tal vez Marduk estaba intentando probarle, o...

—Estoy esperando una respuesta —leyó en la pantalla.

—Alba desobedeció mis órdenes —escribió Tyler.

—Eso no es una excusa. ¿Qué has hecho con el cadáver?

Si Marduk conocía lo que había pasado en el lago, también debía de tener la contestación a aquella pregunta. Aún así, Tyler se lo dijo:

—Está en un arcón, bajo llave.

—Destruye el cuerpo.

—¿Cómo?

—Los detalles son cosa tuya. No estará en la base, ¿verdad?

—Se encuentra en el almacén.

—Perfecto, así será más sencillo desembarazarte de él.

—¿Qué has averiguado acerca de Alba?

—Cuando tenga algo que debas saber, te lo comunicaré.

Tyler leyó entre líneas lo que su interlocutor quería decirle. Tal vez Marduk ya había reunido información sobre la mujer, pero se la ocultaba por motivos oscuros.

—¿Cómo te has enterado de lo de Sandoval? —escribió, decidido a arrinconar a su oponente.

—Mañana te llamaré a la misma hora. Espero por tu bien que para entonces, el problema esté solucionado.

Marduk cortó la comunicación. Tyler estaba desesperado. No le convenía desafiar a aquel individuo; aunque jamás le había visto su cara y ni siquiera conocía su verdadero nombre, sí sabía lo que era capaz de hacer.

Cómo lamentaba haber aceptado aquella vez su ayuda. No había parado un solo día de arrepentirse, pero lamentablemente, ya no había marcha atrás.

III

Alba se levantó a las cuatro de la madrugada, sin hacer ruido. La base disponía de una docena de habitaciones y cada uno de sus compañeros tenía su propio dormitorio, aunque los planes de HispanCarbide eran trasladar en el futuro a una treintena de personas, que trabajarían en la extracción de gas en cuanto los pozos de perforación fuesen operativos, lo que obligaría a instalar literas.

Salió al pasillo y comprobó que todo estaba en calma. Se acercó a la puerta de Tyler para escuchar. No oyó ningún ruido, pero el inglés debía de seguir allí dentro, porque no había salido de su cubil desde la conversación que ambos mantuvieron hace unas horas. Por si acaso, echó un vistazo al resto de dependencias: el gimnasio, la cocina, el laboratorio, la enfermería, los aseos, el salón. La armería estaba cerrada con un candado electrónico de seguridad, del que solo tenía llave Reinoso y Tyler, pero era improbable que hubiese alguien allí dentro a aquellas horas de la noche.

Se cubrió con el anorak y abrió la puerta de salida de la base. El silencio en el exterior era absoluto. No había viento, ni insectos o animales nocturnos que aliviasen la sensación de vacío que envolvía aquel páramo helado. Los murmullos de la naturaleza estaban vedados allí, al menos mientras los hielos milenarios de la Antártida siguiesen en pie, lo que, a la vista de las previsiones, no sería durante muchas décadas más.

Caminó hacia el almacén, dirigiendo miradas nerviosas a su alrededor y observando si se veía alguna luz en las ventanas de la base. Entró en el almacén alumbrando con su linterna, y se acercó con sigilo al arcón frigorífico, que emitía un zumbido no muy alto, pero que a ella se le antojó insoportable ante la ausencia de cualquier otro ruido de contraste.

Iba a tener que dar muchas explicaciones si alguien la descubría allí. Sacó una ganzúa y la introdujo en el candado, removiendo hasta que el contacto cedió y pudo retirar las cadenas que lo envolvían.

Alzó la tapa y el plástico que cubrían a Sandoval. Trató de alzar el cadáver por ambas axilas, descubriendo lo difícil que resultaba moverlo sin ayuda. El cuerpo tenía la elasticidad de una losa de mármol y su peso parecía haberse multiplicado por dos. Apretó los dientes y volvió a intentarlo: tan solo tenía que ponerlo en una posición más o menos vertical para poder registrar su indumentaria. Tyler no había dejado que se examinase el cadáver, ni por Irene ni por nadie. Como resultado, Sandoval todavía iba vestido con las mismas prendas que llevaba el día que desapareció en el lago.

Tras un rato forcejeando con el cuerpo, logró colocarlo en una precaria posición inclinada. Intentó bajar la cremallera del plumífero, pero ésta se había puesto rígida y se negaba a ceder. Palpó el exterior de la prenda y no advirtió nada, aunque quizá el abundante relleno del abrigo lo disimulaba.

Con una navaja, rasgó la cremallera y abrió el plumífero. En un bolsillo interior, envuelto en una funda acolchada e impermeable, encontró una pequeña cámara digital. Alba estaba feliz. Por fin Tyler había cometido un error fatal. Cruzó los dedos para que el disco de datos de la cámara estuviese intacto. Era un modelo sumergible, bastante moderno; en teoría, la información tenía que seguir allí dentro, a la espera de que alguien la rescatase.

Suponiendo, claro, que Sandoval hubiera grabado algo interesante en ella. Alba intentó encender la cámara, pero la batería se había descargado.

Su visión periférica captó un destello a través del cristal de una ventana.

Alguien venía hacia allí. Alba se guardó la cámara y empujó el cadáver al interior del arcón; la cabeza sobresalía unos centímetros y el vapor helado escapaba por la rendija. No tuvo tiempo de arreglarlo. El intruso estaba abriendo la puerta interior del almacén.

Apagó la linterna y se escondió entre las cajas de suministros. Sea quien fuere aquel misterioso visitante, tenía el mismo propósito que ella.

O quizá no. El intruso se desvió hacia una esquina, donde se hallaba el combustible para los vehículos, y cogió un pequeño bidón de gasolina. Con él, se dirigió hacia el arcón

frigorífico. Alba asomó su nariz por lo alto de una caja. Tenía que averiguar de quién se trataba.

A pesar de la deficiente iluminación, reconoció a su visitante como Tyler. El hombre permaneció inmóvil unos instantes, sin saber cómo reaccionar al ver la cadena y el candado en el suelo. Luego alzó el bidón, como si fuese a derramar su contenido sobre el cadáver, pero se detuvo. Alba aprovechó su indecisión para gatear hacia la puerta y escapar.

Aquella visita nocturna explicaba muchas cosas, pensó. Tyler quería desembarazarse del cadáver para borrar las pruebas que le incriminasen, y estaba dispuesto a que ardiese todo el almacén, pero no esperaba que alguien le hubiese tomado la delantera.

Alba apretó la cámara contra su pecho y, con el corazón desbocado, salió de allí y regresó a la base. No se giró para comprobar si alguien la seguía o si el almacén estaba en llamas; ahora lo único que quería era entrar en la seguridad de su habitación y echar un vistazo al disco de datos.

La suerte la acompañaba. La base seguía en calma y no se topó con otro de sus compañeros, que pudiera hacerle embarazosas preguntas. Su secreto estaba a salvo; Tyler seguiría sin saber quién había forzado el candado del arcón.

La mujer entró a oscuras en su dormitorio. Tyler regresaría en cualquier momento y si advertía alguna luz en la base, deduciría por la posición de las ventanas quién le había acompañado al garaje en aquella incursión nocturna. Por si acaso irrumpía sin avisar, echó el pestillo por dentro y se dispuso a gozar de su tesoro. Con cuidado, extrajo la tarjeta de memoria de la cámara y la introdujo en el lector de su ordenador portátil, situándose lejos de la ventana, de modo que ningún reflejo de luz pudiera delatarla. El ordenador reconoció la tarjeta y le mostró el directorio raíz, con dos gigabytes de información: localizo de inmediato los ficheros de imágenes, medio centenar de fotografías y algunos vídeos de pocos minutos de duración.

Las botas de Tyler resonaron en el pasillo. Alba contuvo la respiración, sin atreverse a mover un músculo. Los pasos se habían detenido justo delante de su puerta; Tyler giró el picaporte, tratando de entrar para comprobar si Alba estaba en

la habitación, pero el pestillo lo detuvo. Ella tragó saliva, rezando para que ningún pitido inoportuno del ordenador pusiese a Tyler sobre aviso. Tras unos segundos de silencio, los pasos se reanudaron hasta perderse al final del pasillo. El lejano eco de una puerta confirmó a Alba que había regresado a su dormitorio. Por si acaso, bajó el volumen del ordenador al mínimo antes de abrir el primer archivo de vídeo, fechado hacía seis meses, justo un día antes de que Sandoval desapareciese en el lago helado.

Alba entreabrió los labios y contuvo una exclamación. No podía dar crédito a lo que veía.

© José Antonio Suárez, 2013, 2014.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniosuarez.es>